

LOS BOSQUES, FUENTE DE OFICIOS

Los últimos artesanos de la madera trabajan el espino, el castaño o la sabina para crear herramientas ya casi extintas.

Desde la antigüedad el hombre a instalado sus asentamientos cerca de los bosques. De ellos sacaba hojas y cortezas para preparar sus medicinas, leña para hacer carbón y calentarse, resina para pinturas y pegamentos, frutos para alimentarse él y sus ganados y, sobre todo, buena madera, que le permitiría transformar grandes troncos en vigas para sus casas, ramas en radio para los carros, hacer puertas, ventanas, barriles, muebles y todo tipo de instrumentos para el hogar y herramientas para el trabajo.

Pero, sobre todo, lo que aprendió del bosque es que era una despena de vida que había que cuidar. El hombre supo trabajar de forma sencilla la madera y transformarla con sus propias manos. Para ello creó instrumentos fabricados artesanalmente, que le ayudaban a dar formas distintas a tan noble material. En cada pueblo había una o varias personas que se especializaban en la elaboración de objetos y utensilios que servían a toda la comunidad y que vendían en mercadillos y ferias ambulantes.

Estas tradiciones pasaron de padres a hijos y dieron nombre a familias enteras que se especializaron en la realización de una serie de productos con las maderas de las especies de árboles de la zona. Había nacido la artesanía popular basada en el aprovecha-

miento del bosque y en la habilidad del hombre para transformar la madera en objetos útiles.

Hoy, sólo nos queda el recuerdo y viejas fotografías de sus creadores en los talleres y ferias donde no faltaban los puestos con objetos de barro, cuero, forja, lana, latón, cobre, vidrio soplado y otros materiales nobles que se trabajaban. El progreso trajo nuevos materiales que fueron arrinconando a los tradicionales, unas veces por resistencia, otras por diseño y modernidad pero, sobre todo, por el bajo precio fruto de la fabricación en serie. El plástico en los años 60 del pasado siglo comenzó a arrinconar algunas piezas de madera, sobre todo aquéllas relacionadas con los líquidos. Barreños y cubos fueron sustituidos por el nuevo material.

¿Quién le iba decir a los romanos, que usaban los troncos de olmos para sus canalizaciones, barriles, cucharas, platos, embarcaciones y todo con ello que el agua pudiera tocar, que sus olmos que con tanto mimo plantaban, iban a ser olvidados y sustituidos! Felipe II, en el siglo XVI, mandó plantar olmos en los caminos y jardines. Pero el uso de los bosques, y con ello la artesanía en madera, se fue perdiendo con el paso del tiempo. Hoy, el olmo, después de las dos oleadas de grafiosis, la primera en 1930 y posteriormente en 1980, es escaso, y su madera, muy cotizada.

Lo sabe muy bien Santiago Merino, de Cordobilla la Real, en Palencia, que trabajó esta madera durante toda su vida sacando de

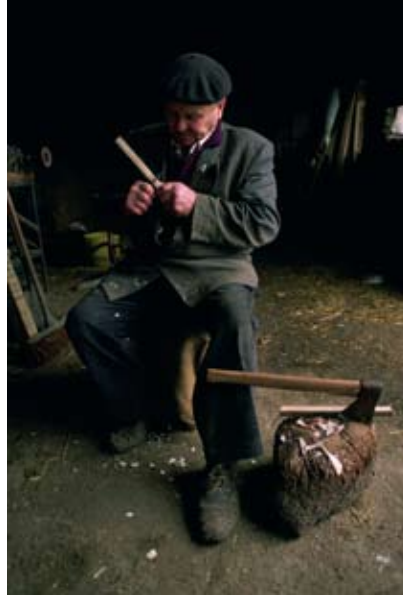
ella cascapiñones, cucharas y buenos cuencos. El espino también es duro, pero se puede abrir si se seca muy de prisa o le da el sol. Más al norte, otro artesano, Fermín Corrales, de Bezanes (Asturias), trabaja la madera de haya para hacer cuencos y cucharas y la de castaño para sacar buenos pares de madreñas, «guapas y finas» como él mismo dice. El castaño fue un árbol que salvó del hambre a muchas generaciones. Su fruto, la castaña, se recogía y conservaba para usarla durante todo el invierno, asada, cocida, en sopa, seca y en harina...

Es una delicia que me contaba un paisano en un magosto, nombre que recibe la fiesta que se celebra una vez recolectado el fruto. El ganado también se alimentaba de tan exquisito manjar.

En Puerto de Béjar, Salamanca, Francisco Martín me enseña una fotografía en blanco y negro de una fábrica de toneles que había en el término y me señala con el dedo a un muchacho sonriente de 14 años. «Ese soy yo», me dice, «entré como aprendiz y trabajé toda la vida haciendo toneles y barricas, como dice el refrán, a ojo de buen cubero».

En Prádena, pequeño pueblo de Segovia, Valentín Gil trabajó la madera de sabina de la que sacaba ventanas, puertas y buenas mesas para las bodegas. Me dice que la sabina tiene mucho desperdicio pero que es una pena que no se siga trabajando, pues su madera no es atacada por los insectos y es muy dura. Los arcones hechos, con esta madera protegen la ropa de la polilla.

Santiago Merino, de Cordobilla la Real (Palencia) trabaja el olmo para fabricar cascapiñones, cucharas y cuencos



Fermin Corrales, de Bezanes, Asturias, trabajando un cuenco de madera de haya



Juan Pedro Goñi, trabaja en su taller de Oitz, Navarra, donde elabora Kaikus, unos recipientes tradicionales en los que se guardaba la leche recién ordeñada y se hacía hervir con una piedra caliente



En Navarra, Juan Pedro Goñi, en su pequeño taller de Ortiz, trabaja la madera de abedul y arce, de donde saca preciosos kaikus, recipiente que se utilizaba para ordeñar y al que se le agregaba una piedra caliente haciendo hervir la leche. Con esta leche se hace la auténtica cuajada. Me dice que la madera de nogal, aunque es muy buena para tornería, en este caso no sirve, pues tiñe la leche y no resiste la humedad.

Pepe Mariona es uno de los últimos madreñeros del Valle de Somiedo. Tiene un pequeño taller que mira al frondoso bosque de donde saca la madera para sus madreñas. Las realiza en madera de abedul, arce o nogal. Me cuenta que en Pineda, su pueblo natal, todos pasaban el invierno haciendo madreñas y en primavera las cargaban en burros y se iban a las ferias de Asturias, León y Galicia a venderlas. La madreña es un calzado para andar por zonas húmedas, con barro o estiércol. Luego se dejan en la puerta de casa para no manchar el interior. Hoy son los turistas los

que compran estas obras de arte que salen de sus manos.


En otros pueblos de España se trabaja la madera, dependiendo de las especies arbóreas. En Andalucía y las Islas Baleares se aprovecha el olivo, del que se sacan buenas gazpacheras, vasos y tablas de cortar. En el Pirineo se utiliza la madera de boj y los pastores y artesanos de la zona han trabajado con paciencia la madera blanca y sin nudos sacando preciosas y útiles cucharas, algunas muy labradas, que rematan puliéndolas con un colmillo de jabalí. Sin olvidarnos de nuestra encina, el árbol más abundante y popular del que los carpinteros sacaban yugos, vigas, garlopas (cepillo de carpintería) y badajos para los cencerros.

El bosque creaba vida y el hombre lo mantenía, habiendo un equilibrio perfecto. Hoy día son muy pocos los artesanos que nos quedan, y como dicen los últimos de ellos, «los jóvenes no tienen paciencia y cada vez la Administración pone más pega para coger los cuatro troncos que necesitamos para en-

tretenenos, pues hoy día ya nadie vive de esto».

Conservemos aquellos utensilios que nuestros abuelos nos dejaron. Son el legado de una unión entre el hombre y el bosque que pronto y por desgracia será historia.

EL AUTOR

Ezequiel Martínez es naturalista, fotógrafo y dibujante, dedicado a la divulgación del medio ambiente y al estudio y difusión de la cultura rural de la Península Ibérica. / Es autor de documentales, libros y exposiciones de fauna y flora. / Como experto en la avifauna ibérica ha realizado interesantes estudios sobre la cigüeña blanca. / Actualmente trabaja por toda la geografía española recopilando y recuperando objetos y tradiciones unidos a la cultura del bosque y a los usos tradicionales del medio rural. / Entre sus obras más destacadas se encuentran el libro 'La cigüeña blanca en Madrid' y la película 'La cigüeña blanca en España' 

Nota: este artículo fue reproducido con anterioridad por el diario El Mundo el 8 de noviembre de 2008

El salmantino Francisco Martín fabrica toneles y barricas desde los 14 años

